



INVISIBLES, NO AUSENTES

Cita una novela una maravillosa frase de San Agustín que dice:

Cuando estemos muertos seremos invisibles, pero no ausentes.

Ya me he referido en otras ocasiones al valor de recordar a las personas que ya no están con nosotros, pero es que la lucidez de esta cita me cautiva.

Y la interpreto como que, en el fondo, todo se basa en la presencia. Porque es verdad: en el caso de las personas que hemos perdido, la presencia ya no es física, pero van a seguir presentes en tanto y cuanto los dejemos participar de nuestras vidas. Si lo hacemos, si los dejamos participar, no estarán en absoluto ausentes.

Mi padre, fallecido en 2005, está muy presente en mi vida, y a menudo le interpeleo con preguntas del estilo: ¿tú cómo lo harías? Como también lo está mi madre, fallecida en 2012. A ella acudo en mis momentos más bajos en busca de apoyo. Y no son los únicos: también está presente en mi vida mi abuela, fallecida cuando yo tenía 15 años, pero de la que guardo un recuerdo imborrable, y tantas otras personas que han sido importantes para mí. Muchas veces me dirijo a ellas, las imagino sonriéndome si hago algo que está bien, o tirándome de las orejas si hago algo que está mal, o disfrutando de mis éxitos o entristeciéndose con mis tristezas. A menudo dialogo dentro de mi cabeza con ellas, y ese diálogo me ayuda a superar conflictos, o a tomar mejores decisiones. Y lo mejor de todo es que están presentes en mi vida desde su mejor versión, desde su cara más lúcida y de la que mejores recuerdos guardo.

Muchas veces pienso que quizás esa presencia sea su verdadero legado, nuestra herencia. Yo siento que lo es, sin duda, y me parece una herencia mucho más valiosa que cualquier legado material que pudiera haber tenido.

Somos nosotros quienes hacemos presentes a los invisibles, y por tanto sólo nosotros los podemos hacer ausentes. Mientras los recordemos, o acudamos a ellos, seguirán sin duda existiendo.